

Diego Martínez Godoy
Coordinador

RELACIONES Y TENSIONES ENTRE LO URBANO Y LO RURAL



2017

Serie Territorios en Debate:

Es un espacio creado por el CONGOPE e Incidencia Pública para debatir entre los gestores de la política pública, la academia y la sociedad civil, sobre el desarrollo desde una perspectiva territorial, que mire a lo urbano y lo rural como un espacio diverso y articulado de construcción social.

RELACIONES Y TENSIONES ENTRE LO URBANO Y LO RURAL

© *Diego Martínez Godoy / Coordinador*

Serie Territorios en Debate N° 4

Primera edición:

© Consorcio de Gobiernos Autónomos
Provinciales del Ecuador – CONGOPE
Wilson E8-166 y Av. 6 de Diciembre
Teléfono: 593 2 3801 750
www.congope.gob.ec
Quito – Ecuador

Ediciones Abya-Yala
Av. 12 de Octubre N24-22 y Wilson, bloque A
Apartado postal: 17-12-719
Teléfonos: (593 2) 250 6267 / (593 2) 396 2800
e-mail: editorial@abyayala.org
Quito-Ecuador
Incidencia Pública Ecuador
Calle San Luis Oe8-78
San Francisco de Pinsha, Cumbayá
Teléfono: 593 999 012 226
e-mail: fenriquezbermeo@yahoo.com
Quito – Ecuador

Coordinador General de la Serie:

Francisco Enríquez Bermeo

Edición y corrección:

Mauricio Alvarado-Dávila

Diseño, diagramación e impresión:

Ediciones Abya-Yala, Quito-Ecuador

ISBN: 978-9942-09-469-8

Depósito legal: 005982

Derechos de autor: 052177

Tiraje: 1 000 ejemplares

Impreso en Quito-Ecuador, octubre de 2017

Las opiniones de los autores no reflejan la opinión de las instituciones que patrocinan o auspician la publicación.

Este trabajo se llevó a cabo con una subvención del Consorcio de Gobiernos Autónomos Provinciales del Ecuador – CONGOPE

Relaciones y tensiones entre lo urbano y lo rural / coordinado por Diego Martínez Godoy. Quito : CONGOPE : ABYA-YALA : Incidencia Pública del Ecuador, 2017

176 páginas : cuadros, gráficos, tablas. - (Serie Territorios en Debate ; 4)

Incluye bibliografía

ISBN: 978-9942-09-469-8

DESARROLLO URBANO ; DESARROLLO RURAL ; DESARROLLO LOCAL ;
ECONOMÍA ; POLÍTICAS PÚBLICAS; PLANIFICACIÓN URBANA ; HISTORIA ;
DEMOGRAFÍA ; MIGRACIÓN INTERNA ; CIENCIAS SOCIALES ; ECUADOR

307.1416 - CDD

Índice

Presentación <i>Gustavo Baroja</i>	7
Introducción <i>Francisco Enríquez Bermeo</i>	9
Articulaciones urbano-rurales y desarrollo territorial: Retos para los gobiernos locales de América Latina y Ecuador <i>Diego Martínez Godoy</i>	13
Repensar los gobiernos autónomos para lograr la descentralización y una mejor articulación urbano-rural <i>María Cecilia Alvarado Carrión</i>	41
Desigualdades y formas de gobierno en las articulaciones urbano-rurales <i>Cristina Cielo</i>	75
Reconsiderar los vínculos campo-ciudad en los territorios <i>Luciano Martínez Valle</i>	101
Entre lo rural y lo urbano, una agenda para la acción <i>Andrea Claudia Catenazzi</i>	119
Nuevas espacialidades urbano-rurales en el DMQ: de la producción ancestral del espacio a la ruralidad contemporánea <i>María Susana Grijalva / María Soledad Salazar</i>	139
Una visión esquizofrénica del territorio <i>Edwin Miño Arcos</i>	163

Desigualdades y formas de gobierno en las articulaciones urbano-rurales

Cristina Cielo

FLACSO Sede Ecuador

Introducción

La fragmentación funcional entre la administración urbana y la rural se basa en el poco reconocimiento de las interdependencias entre la ciudad y el campo. Como bien advierten los gobiernos provinciales, la gobernanza separada de los municipios y las zonas rurales dificulta la gestión de la reproducción social que integra ambos territorios y sus espacios intermedios. Pasar por alto la mutua dependencia entre las zonas urbanas y las rurales ha llevado, entre otros efectos, a la duradera estructura socioeconómica que perjudica a los pobladores vulnerables rurales y urbano-marginales. Con la intensificación de la urbanización en América Latina, desde la segunda mitad del siglo XX, las ciudades estuvieron en el centro de las estrategias desarrolladoras de los Estados y de las esperanzas y expectativas de sus ciudadanos. Perduran, desde entonces, disparidades significativas entre las oportunidades de empleo en las ciudades y en el campo y entre las condiciones urbanas y las rurales de educación, salud e infraestructura social y productiva.

Las políticas redistributivas de la última década en Ecuador han tenido un impacto importante en las desigualdades sociales. Pero, como veremos abajo, no ha disminuido la brecha urbano-rural. ¿Cómo com-

prender la persistencia de estas disparidades? En este capítulo, argumentaré que las brechas rurales-urbanas que persisten se deben a una perspectiva demasiado estrecha del desarrollo socioeconómico. Ampliar esta perspectiva significa reconocer con mayor claridad no sólo la interdependencia entre las dinámicas rurales y urbanas, sino también la interdependencia entre los procesos productivos y reproductivos. En este sentido, la gobernanza integral de los territorios debe tomar en cuenta las formas sociales y organizativas que vinculan los elementos de la productividad y la reproducción de la vida. Es decir, la función de la administración política institucionalizada es comprender y fortalecer las mutuas dependencias que fundamentan nuestra sustentabilidad colectiva.

Para desarrollar este argumento, nos será útil considerar el concepto de «formas de gobierno» del filósofo boliviano Luis Tapia (2009). Al referirse con este concepto a las maneras en que nos organizamos con el fin de reproducirnos socialmente, Tapia lleva la idea del gobierno más allá de la gobernanza. Enfatiza, más bien, la articulación fundamental entre la gestión social y política de un colectivo, por una parte, y nuestras interdependencias mutuas entre unos y otros y con la naturaleza misma, por otra. En lo que sigue, incorporamos los hallazgos analíticos de la geografía y la ecología crítica y de la economía feminista para indicar la manera en que una perspectiva ampliada de las «formas de gobierno» es fundamental para trazar políticas que fomenten nuestra convivencia más digna, justa y sostenible.

En el primer apartado, revisamos datos sobre las desigualdades socioeconómicas rurales-urbanas en el contexto de los cambios de las transformaciones económicas en la región. El segundo apartado revisa explicaciones de esta brecha rural-urbana en las críticas de las perspectivas del desarrollo. Empezamos con los análisis de geografía crítica (Harvey, 1990; Brenner, 2013), que nos ayudan ver el rol de la acumulación del capital en la subordinación de los sectores rurales. Esta mirada es similar al de la ecología política (Bellamy Foster, 2014), que considera nuestra relación con la naturaleza para comprender la explotación del campo y de los recursos naturales. Estas ideas, en conjunto con perspectivas de la eco-

nomía feminista (Carrasco et al., 2001), nos señalan las limitaciones del paradigma de desarrollo vigente, en tanto este solo concibe el intercambio en los procesos productivos, pasando por alto la interdependencia de la producción con la reproducción del medioambiente y de la vida misma.

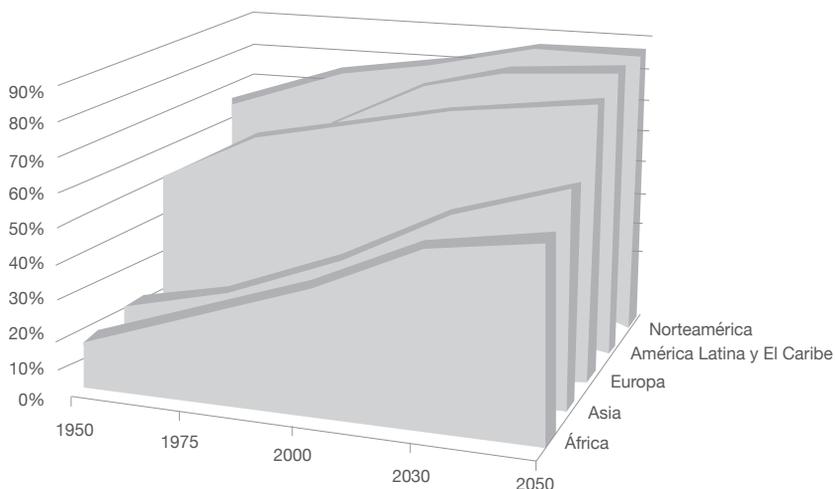
El tercer apartado revisa estudios andinos sobre la territorialidad de esta reproducción y analiza las implicaciones de las perspectivas teóricas consideradas. Reflexiona sobre estudios que relacionan la participación y las desigualdades, para argumentar que, cuanto más se acerca la gobernanza a la organización interdependiente de la reproducción social, menos inequidad se produce. Concluimos el capítulo con un llamamiento a la administración y a las políticas públicas. Para contrarrestar el modelo de desarrollo desigual actual, estas deben ampliar su concepción de la gestión de lo económico a la inclusión de la consideración de la reproducción colectiva y sus formas organizativas.

Las desigualdades concretadas en la división campo-ciudad

Sabemos que América Latina es una de las regiones más urbanizadas en el mundo. La única región en el mundo más urbanizada que América Latina y el Caribe, que en 2014 tenía una población urbana de 82%, es América del Norte (incluye Bermuda, Canadá, Groenlandia y los Estados Unidos), con una población urbana en 2014 de 80%. Las otras regiones del sur global son mucho menos urbanizadas: en 2014, 40% de la población en África vivía en ciudades, y 48% de la población de Asia vivía en ciudades. El gráfico 1 demuestra el crecimiento de la población urbana en cada región, desde 1950 hasta las proyecciones para su crecimiento hasta 2050.

Gráfico 1.

El crecimiento urbano en las regiones del mundo, 1950-2050



Elaboración: la autora.

Fuente: Datos de DESA-UN (2006) y Population Reference Bureau (2015).

Además de ser una de las regiones más urbanizadas en el mundo, América Latina es también una de las regiones más desiguales. Una manera de medir desigualdades es el indicador Gini. El coeficiente Gini es un número entre 0 y 100 que describe la desigualdad; en el caso que miramos, la desigualdad de ingresos. Un índice de 0 representaría equidad perfecta, en la que cada persona en el país goza del mismo ingreso. Un índice de 100 representaría inequidad total, en la que una persona en el país recibe todos los ingresos. El siguiente gráfico 2 del Banco Mundial mapea estas desigualdades: los países en azul más oscuro son más desiguales, los países en color más claro son más equitativos.

Gráfico 2.
Niveles nacionales de desigualdades, 2013



Fuente: Banco Mundial en Myers (2015)

Estas desigualdades de ingresos se manifiestan en disparidades urbano-rurales, que se articulan a su vez con otras formas de desigualdad. En 2014, un trabajador rural latinoamericano ganaba un promedio de 32% menos que su par urbano. Además, si era mujer en zona rural, tenía menos posibilidad (44%) de estar económicamente activa que una mujer urbana (51%), representando una brecha entre mujeres y hombres rurales más grande que el de mujeres y hombres urbanos (OIT 2015). El hecho de que Ecuador tiene una proporción de población rural más alta que el promedio latinoamericano 36% de su población vivía en el campo en 2014 significa que disparidades urbano-rurales afectan a número mayor o en mayor medida a pobladores del campo. De acuerdo al censo de 2010, 83% de la población rural ecuatoriana se encontraba en condiciones de pobreza por necesidades básicas insatisfechas, en contraste con solo 46% de la población urbana (INEC ,2010).

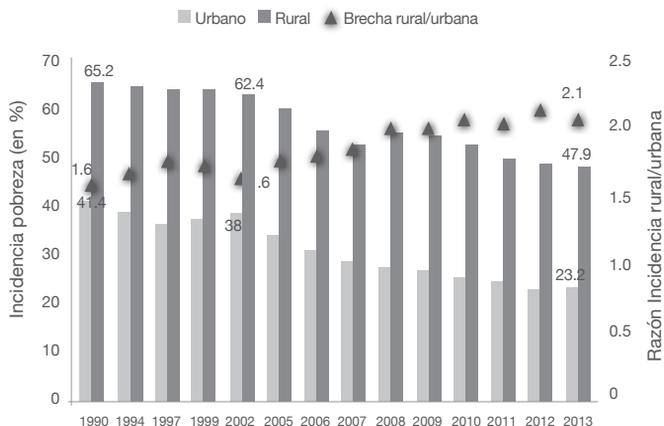
Tanto a nivel regional como a nivel nacional, las desigualdades sociales aumentaron en las décadas de los 80 y los 90, con las políticas de ajuste estructural enfocadas en la liberalización del intercambio y la esta-

bilización macroeconómica a costa de los programas sociales y el salario real. El número de personas pobres en América Latina alcanzó su máximo en 2002, con 225 millones de personas pobres, representando 44% de los latinoamericanos. Pero en la década de los 2000, gracias a mayor crecimiento económico y políticas redistributivas en países latinoamericanos, tanto la desigualdad como la pobreza disminuyeron. La incidencia de pobreza regional cayó a un mínimo de 28% en 2012. Sólo en 2015 empezó a subir ligeramente, reflejando el impacto de la crisis económica mundial y la baja de los precios de exportaciones primas (Cepal, 2015).

Pero, a pesar de esta caída continua de los niveles de pobreza durante los últimos 15 años, la brecha en la incidencia entre la pobreza rural y la pobreza urbana ha aumentado. Natalie Gómez (2015) elabora los siguientes dos gráficos para demostrar esta tendencia. El gráfico 3 muestra tanto la caída de la pobreza urbana y la pobreza rural, como el crecimiento de la diferencia entre la pobreza urbana y la pobreza rural: en 2002, el porcentaje de la población rural que vivía debajo de la línea de pobreza era 1,6 veces más que la incidencia de la pobreza urbana; en 2012, la incidencia de pobreza rural llegó a ser más del doble que la incidencia de pobreza urbana.

Gráfico 3.

Cae la pobreza y crece la brecha rural-urbana en América Latina, 1990-2013



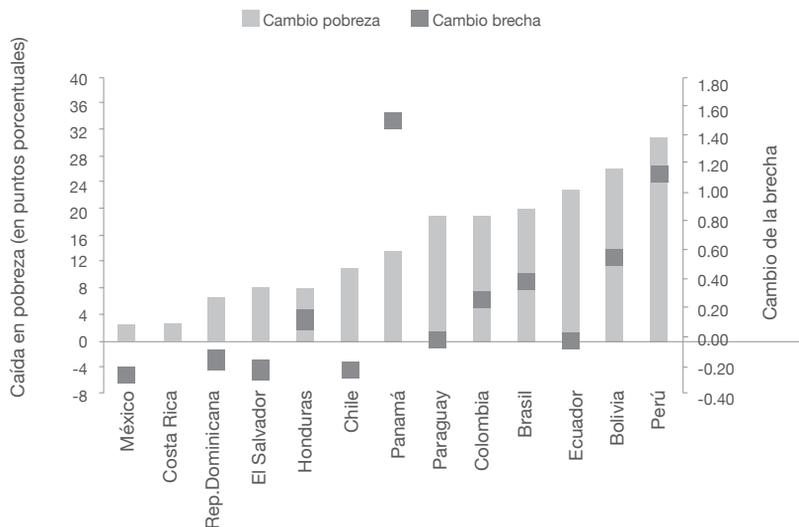
Fuente: Gómez 2015, con base en datos de Cepal 2014.

¿Por qué este aumento en la brecha rural-urbana cuando se reduce la pobreza? Las personas, viviendo en ciudades, experimentan de manera más intensa variaciones en la economía nacional. Por las economías de escala en la provisión de servicios públicos y el *clustering* del sector de servicios que incrementa la productividad, un aumento en ingresos a nivel nacional tiene mayor impacto en las ciudades que en el campo.

En la misma lógica, Ponce y Vos (2014) demuestran que en el período de la crisis económica de 1999-2001 en Ecuador, desigualdades en la ciudad (medidas por el coeficiente Gini) aumentaron bruscamente, pero en el campo no hubo un aumento de inequidad. Cuando crece la economía nacional, los ciudadanos se benefician más que los campesinos. Cuando hay crisis económica nacional, los ciudadanos son más vulnerables que los campesinos a la caída del salario real y al aumento de la pobreza. Castells-Quintana y Royuela (2015) corroboran la correlación entre el desarrollo nacional y las desigualdades espaciales y personales. Estudiando 51 países a lo largo del período 1970-2007, observan que, en los países menos desarrollados, la urbanización (la concentración espacial) y la inequidad (la concentración personal) acompañan al crecimiento económico (medido por aumento de ingresos).

El beneficio desigual del que gozan las ciudades en períodos de crecimiento económico nacional se refleja en la comparación nacional que realiza Gómez (2015). Aquí se desagrega el análisis arriba mencionado de la relación entre la reducción de la pobreza y la disparidad rural-urbana, comparando esta relación entre países latinoamericanos en el período de la reducción de la desigualdad de 2002-2012. El autor encuentra que en los países en los que más se ha reducido la pobreza en este período, más han crecido las disparidades en pobreza rural y urbana (gráfico 4).

Gráfico 4.
Relaciones nacionales entre cambios en la pobreza y la brecha rural-urbana, 2002-2012



Fuente: Gómez 2015, con base en datos de Cepal 2014.

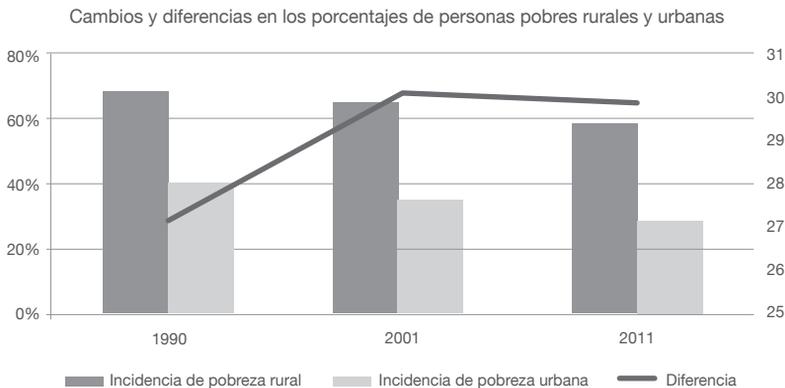
En Perú, el porcentaje de personas pobres cayó de 54% en 2002 a 34% en 2012. En este mismo período, la brecha rural-urbana creció: en 2002, la incidencia de pobreza rural era 1,8 veces más que la incidencia de pobreza urbana; en 2012, era 2,9 veces más. Del mismo modo, se puede ver en el gráfico que los países en los que se ha disminuido la brecha rural-urbana (México, Costa Rica, República Dominicana, El Salvador y Chile) son los países en los que menos se redujo la pobreza en ese período (Gómez, 2015).

Cómo se ve en el gráfico anterior, Ecuador es uno de los casos excepcionales. En el período de 2002-2012, en Ecuador hubo una importante reducción en la pobreza sin un aumento en la brecha rural-urbana. Pero, aunque no haya habido un aumento en la brecha rural-urbana en ese período, ésta sigue siendo considerable. Esto se remite a las altas des-

igualdades históricas rural-urbanas que han existido en el país (Larrea, 2013). El gráfico 5, que sigue, muestra el notable crecimiento de la disparidad rural-urbana en la década de los 90. La incidencia de pobreza urbana se disminuyó en 6,1 puntos porcentuales (de 41,3% en 1990 a 35,2% en 2001), pero la incidencia de pobreza rural bajó sólo 3,3 puntos porcentuales en el mismo período (de 68,5% en 1990 a 65,2% en 2001). Aunque posteriormente esta brecha rural-urbana sí ha disminuido ligeramente, el alto nivel de desigualdad rural-urbana que hubo se ha mantenido. Tanto al principio como al final de la década de los 2000, la incidencia de pobreza rural fue alrededor de dos veces más alta que la incidencia de pobreza urbana.

Gráfico 5.

Reducción de la pobreza y crecimiento de la desigualdad en Ecuador, 1990-2010



Elaboración: la autora.

Fuente: Senplades 2013.

Hay, por tanto, un impacto diferenciado de las variaciones económicas a nivel nacional para las poblaciones urbanas y rurales. Estos datos y los demás descritos en este apartado se evidencian en nuestras realidades y experiencias cotidianas. Exigen que consideremos las razones de que el modelo de desarrollo que prioriza el crecimiento económico paradójicamente sigue produciendo desigualdades.

Territorios para la acumulación del capital y la reproducción vital

Para explicar las inequidades territoriales persistentes, es necesario replantear la perspectiva desde la cual comprendemos la relación entre diferentes espacios territoriales y sus procesos sociales y productivos. En este apartado, revisamos las teorías de la geografía crítica, la ecología política y la economía feminista. Estos acercamientos analíticos nos ayudarán comprender el sesgo urbano de los modelos de desarrollo económico.

En las últimas décadas, geógrafos como David Harvey (1990) han aportado importantes teorías para nuestra comprensión del rol del espacio en procesos económicos, y, en particular, en los procesos de la acumulación del capital. En su muy clara revisión de esta literatura, Pancho Hurtado (2017) señala que uno de estos geógrafos, Neil Brenner, «resalta la necesidad de sustituir el análisis de las tipologías de los asentamientos urbanos (ciudad, ciudad región, megaciudad, conurbación u otros) por el análisis de procesos socioespaciales de urbanización que configuran los heterogéneos paisajes del capitalismo moderno» (Hurtado, 2017, 24). Es decir, las dinámicas urbanas se deben analizar en términos de su rol específico en el sistema más amplio que determina lo que consideramos desarrollo y economía, o sea, el sistema de la acumulación del capital. Desde esta perspectiva de geografía marxista, no tiene sentido analizar de manera fragmentada los territorios ni las ciudades ni los espacios nacionales, ya que son los elementos concretos de cada espacio y sus recursos que se incorporan, aprovechan y expropian en la lógica de acumulación de capital (Brenner, 2013).

Desde el mismo trabajo de Marx, de hecho, hay un interés en el intercambio necesario entre la producción y la reproducción humana y la naturaleza. Para Marx, el suelo y el trabajador son «las fuentes originales de toda riqueza» (1967, 506), y el intercambio entre la sociedad con la naturaleza es mediado socialmente por el trabajo y la producción. María Cristina Vallejo, economista ecuatoriana que estudia el intercambio desigual en términos de los flujos de materiales biofísicas, explica:

Tal como los sistemas biológicos toman sus nutrientes, el oxígeno y el agua de la naturaleza para funcionar, la economía se alimenta de la materia y la energía existentes en la naturaleza. Estos recursos sirven como insumos de los procesos productivos... Asimismo, los sistemas biológicos, tras procesar sus alimentos y entrar en funcionamiento, generan desperdicios que se depositan en el medio ambiente, (2009, p. 3).

Lo que esto quiere decir para el análisis de las ciudades es que no se puede comprender la productividad sin los recursos naturales, no se pueden comprender las dinámicas económicas de la ciudad sin tomar en cuenta su metabolismo con el campo.

Los acercamientos de ecologistas urbanas aterrizan el análisis de estas interdependencias urbano-rurales. En su texto fundamental: *El metabolismo de las ciudades* (1965), Abel Wolman mide los flujos materiales necesarios para el sostenimiento de una ciudad ideal y sus pobladores. Fundamental a los elementos que la ciudad absorbe desde fuera de sus territorios son el agua, los alimentos y el combustible; arroja hacia fuera las aguas residuales, los desechos sólidos y los elementos de la contaminación del aire¹. Poco después, se empezaron a identificar métodos para el estudio de los flujos urbanos materiales y energéticos (Unesco 1970). Desde entonces, se han profundizado y se han complejizado esas primeras discusiones, debatiendo, por ejemplo, otros tipos de flujos (poblacionales, informáticos, culturales, etc.) que mantienen a las ciudades o la necesidad de discutir el metabolismo urbano en relación a la sostenibilidad medioambiental global (Conke y Ferreira, 2015; Delgado, 2015).

El concepto del metabolismo nos lleva a considerar los procesos necesarios para el mantenimiento y la reproducción de la vida. Estos procesos no son sólo físicos y químicos, sino también sociales y afectivos. Economistas feministas desde los años 70 (Dalla Costa, 1972,

1 Wolman analiza una ciudad hipotética estadounidense, de 1 millón de habitantes, para medir los insumos básicos que requiere y los residuos centrales que produce a diario en las categorías arriba señaladas. Cada día, la ciudad requeriría 2 000 toneladas de alimentos, 320 000 toneladas de agua y 11 500 toneladas de combustibles, y produciría 1 600 toneladas de residuos sólidos, 3 000 000 de toneladas de aguas residuales y 25 000 toneladas de aguas residuales.

Meillassoux, 1977) insisten en la necesidad de reconocer el trabajo de reproducción como un elemento fundamental de las relaciones de producción. Tal como un enfoque economicista invisibiliza el rol esencial del campo en la reproducción biofísica del territorio, también pasa por alto el trabajo de cuidado necesario para reproducir la misma fuerza de trabajo del que depende la acumulación del capital.

Aunque Marx no se detuvo ni profundizó en el carácter esencial de la naturaleza y del cuidado en su análisis del capital, ecologistas políticos y economistas feministas demuestran que existe en este análisis el reconocimiento tanto de nuestro medio ambiente como del trabajo reproductivo. John Bellamy Foster (2014) señala que el uso del concepto de metabolismo en Marx fue «una tentativa de fundamentar su crítica de la economía en forma materialista en una comprensión de las relaciones entre los seres humanos y la naturaleza procedente de la ciencia natural de su época» (4). Por su parte, Galcerán (2006) cita al mismo Marx:

...la producción de la vida, tanto de la propia en el trabajo, como de la ajena en la procreación, se manifiesta inmediatamente como una doble relación de una parte como una relación natural y de otra como una relación social; social en el sentido de que por ella se entiende la cooperación de diversos individuos [...], de donde se desprende que un determinado modo de producción [...] lleva siempre aparejado un determinado modo de cooperación que es, a su vez, una «fuerza productiva». (Marx 1845/1846, p. 30 en Galcerán 17).

En esta línea, Federici (2010) demuestra históricamente que la escisión entre las esteras productivas y reproductivas es esencial para el establecimiento y la institucionalización de la lógica capitalista. Es precisamente con base en esta división que perspectivas economicistas ocultan elementos y procesos de la reproducción social y material. La expropiación de los trabajos de cuidado (Vega y Gutiérrez 2014) y del trabajo afectivo (Narotzky, 1991) e inmaterial (Negri, 2001) comparte las lógicas de externalización de costos y transferencia de valor que la expropiación de las economías campesinas y familiares (Carrión y Herrera, 2012) y la explotación de los recursos naturales.

El menosprecio de estos tipos de actividades y de economías nos lleva precisamente a las desigualdades que se revisaron en el primer apartado. Para amortiguar las inequidades entre el campo y la ciudad, se deben considerar el funcionamiento integral y la sostenibilidad interdependiente de nuestras ciudades y zonas rurales. Se ha argumentado en este apartado que esa consideración exige un replanteamiento de las perspectivas de desarrollo economicista que «posicionan las actividades económicas no capitalistas en función de las actividades económicas capitalistas» (Cameron y Gibson-Graham, 2003). Hemos visto que es esa perspectiva que permite la apropiación y la explotación de los recursos a través de relaciones asimétricas de intercambio. Cambiar ese acercamiento significa considerar las maneras en que nos organizamos para sostenernos. A partir de esta consideración pasamos al siguiente apartado.

Organización social y formas de gobierno para la reproducción

Las desigualdades rural-urbanas presentadas en el primer apartado provienen de una falta de reconocimiento de los procesos interdependientes necesarios para el sostenimiento de la vida humana. Debemos, por tanto, «desplazar el núcleo analítico del mercado a las personas; de las necesidades que implica la producción de mercancías y el beneficio, a la satisfacción de las necesidades humanas» (Carrasco et al. 2001, p. 212). El establecimiento de la sostenibilidad de la vida como categoría analítica plantea necesariamente una reconsideración de la organización social y de las formas de gobierno que lo gestionan.

Vemos un ejemplo empírico del replanteo de la organización social a nivel local en el análisis de la forma «multilocal» (Cielo y Antequera, 2012) de sustentar la producción y la reproducción de una familia. Nelson Antequera (2011) argumenta que familias y comunidades bolivianas buscan incorporarse a un máximo de estratos socioeconómicos, tipos de actividades y territorios para la sostenibilidad colectiva. Mientras la madre de una familia trabaja en la ciudad, el papá puede ser maestro rural, con unos hijos estudiando en la ciudad y la abuela cuidando a los más pe-

queños en el pueblo natal. Esta multilocalidad productiva, organizativa y social se reproduce en otra escala en las diásporas andinas y comunidades dispersas que se estudian en la migración internacional (Jorgensen, 2011).

Estas dinámicas también se evidencian en Ecuador. Poinot (2004) estudió comunidades en la provincia de Bolívar para identificar sus formas de organizarse para aprovechar de los territorios ecológicamente diversos. Entre los años 1940 y 1970 surgió para estas comunidades la posibilidad de comprar tierras, por lo que empezaron a migrar a la Costa para ganar en las plantaciones el capital necesario para esa compra. En la Costa, conocieron los métodos agrícolas para cultivar productos tropicales, lo que permitió que compraran y trabajaran tierras desde sus altas tierras de origen hasta aquellas en valles más cálidos.

En las partes más altas podían cultivar habas o papas. Más abajo, entre 2 000 y 2 800 metros de altura, podían pastear ganado de origen europeo. En el valle, entre 1 400 y 2 000 metros de altura, había la posibilidad de criar bovinos de raza criollo. Finalmente, entre 300 y 1 400 metros de altura, en los valles cálidos, podían cultivar productos tropicales como caña de azúcar, plátano, café, cacao, naranja, piña y yuca. Dice Poinot:

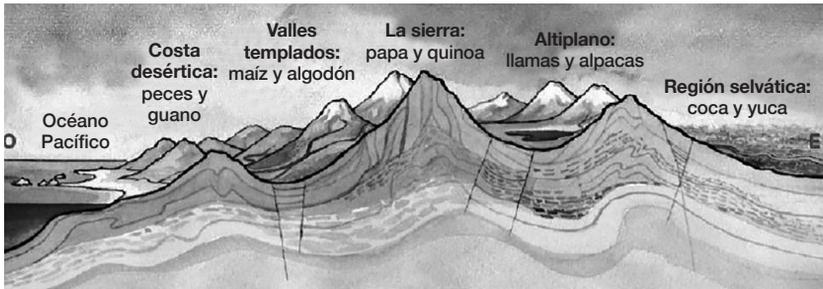
Constituían así explotaciones multizonales, en 80% de los casos, siguiendo un sistema de producción nuevo en el cual las tierras altas tradicionalmente indígenas proveían la alimentación de base, mientras que aquellas que acababan de adquirir estaban dedicadas a producciones comercializables. Los ingresos monetarios provenientes de estos nuevos cultivos permitían comprar abono, productos fitosanitarios, semillas seleccionadas para las tierras frías, lo que indica bien que aquellas conservaban un carácter vital en la economía familiar. (Poinot, 2004)

Tanto el trabajo de Antequera como el trabajo de Poinot emergen de los estudios arqueológicos de John Murra, quien analizó la organización social, económica y política de los Andes precoloniales. En su importante artículo sobre «El control vertical de un máximo de pisos ecológicos» (1972), Murra demostró que la organización económica de la zona andina se basó en las relaciones entre asentamientos y zonas productivos de distintos pisos ecológicos en el paisaje vertical andino.

Es decir, dadas las distintas posibilidades de cultivo, caza y recolección en las variadas ecologías andinas, las sociedades andinas precoloniales se organizaron como archipiélagos, con una noción dispersa de territorialidad, contrapuesta a la visión moderna del Estado-nación con su definición unificada y delimitada de un territorio político.

Gráfico 6.

Los pisos ecológicos aprovechados por las sociedades andinas



Tomado de historia1-42.blogspot.com

Los territorios políticos dispersos de la sociedad andina que estudió Murra permitieron que el conjunto de sus miembros satisficiera sus necesidades en colectivo. La gestión política para la satisfacción equitativa de nuestras necesidades requiere mayor reconocimiento de la importancia a la productividad y al desarrollo de la esfera que reproduce la sostenibilidad vital, cuya importancia ahora se encubre.

René Zavaleta (1986), sociólogo boliviano, estudió la historia del Estado boliviano para demostrar el desfase entre la élite política gamonal, dependiente de las tierras delimitadas de sus haciendas, y la organización social de los campesinos andinos, cuyas formas de producir y reproducirse en el espacio se oponían a la forma nación del nuevo Estado boliviano. De acuerdo a Luis Tapia (2009), estas últimas maneras locales de transformar la naturaleza no han cambiado en Bolivia, ni han cambiado las formas organizativas del ayllu o sus autoridades. Es esta orquestación entre los modos materiales, sociales y subjetivos de reproducirse que Tapia llama «formas de gobierno»: «... un tipo de articulación y dirección global de los diferentes aspectos de la vida social y, en

este sentido, también el modo de transformación de la naturaleza... Estas dos dimensiones, la de la institución de lo social y la reproducción de lo social [son en las que] intervienen las formas políticas» (2009, p. 38).

Gobierno, en este sentido, es más que gobernanza, es más que gestionar y administrar. Es la forma de organizarnos socialmente para la producción y la reproducción de la vida colectiva. El sistema de autoridades y la política, en este sentido, definen los procesos y los modos de la transformación de la naturaleza. En cuanto una forma de gobierno está más articulada orgánicamente a la forma en que un colectivo se reproduce materialmente y socialmente, más podrá responder a las necesidades del colectivo y de sus miembros. Por tanto, menos desigualdades habrá.

En la medida, entonces, en la que la gestión y la administración territorial reconocen las dependencias e interdependencias que son necesarias para la sostenibilidad de la vida colectiva dependencias e interdependencias que ahora se ocultan, mejor podrá responder a sus constituyentes. Profundizando en el concepto de «Estado aparente» de Zavaleta, Tapia describe que «el Estado es aparente cuando no se ha producido el proceso de separación de lo político de manera endógena o local» (2002, 307), es decir, cuando «un poder político jurídicamente soberano sobre el conjunto de determinado territorio... no tiene relación orgánica con aquellas poblaciones sobre las que pretende gobernar» (p. 307).

Esta afirmación se comprueba a nivel nacional por estudios que demuestran la correlación entre la igualdad política en términos de democratización y las distribuciones más equitativas de ingresos. Consideramos, en los casos que siguen, que una relación más «orgánica» en los términos que propone Tapia (2002)² se representa por mayor participación o más democratización. Mueller y Stratmann (2002), por ejemplo, demuestran en su estudio comparado que el nivel de participación ciudadana nacional tiene un impacto directo negativo en la desigualdad de ingresos. Aunque siempre complejos los debates y cautelosas las conclusiones sobre la relación entre democracia y equidad (Sirowy e Inkeles,

2 La relación «orgánica» entre el Estado y la sociedad civil que explora Tapia se basa tanto en sus lecturas del trabajo de René Zavaleta como las teorías de Antonio Gramsci.

1990), la base de datos del Banco Mundial de 1996 (Deininger y Squire, 1996) fue una de las primeras que permitió comparaciones fiables internacionales. Análisis basados en esta base de datos han concluido reiterada y consistentemente que más democracia se correlaciona con más equidad (Rueschemeyer et al., 1992; Timmons, 2010).

Para los países de América Latina también se han confirmado estos hallazgos. Usando el coeficiente Gini para medir desigualdades, Huber et al. (2006) comparan 18 países de la región a lo largo del período entre 1970 y 2000 para demostrar que, cuanto más tiempo de democracia ha tenido un país latinoamericano, más equitativa será la sociedad. La inversión estatal en el gasto social y en políticas redistributivas sólo tienen un impacto de disminuir la desigualdad en condiciones de democracia sostenida; en lugares en los que la tradición democrática es más débil, el gasto social no significa menos desigualdad (Huber et al., 2006). De manera parecida, Balcázar (2016) encuentra que cohortes latinoamericanas que han vivido más años bajo regímenes democráticos tienen más bajos niveles de desigualdad económica.

Tomando esta evidencia empírica a nivel nacional en conjunto con el razonamiento más teórico y más localmente anclado de Tapia, vemos que, cuanto menos articulada es una forma de organización política con las formas organizativas de reproducción social, más serán sus desigualdades. Es decir, la forma de gobierno menos articulada se relaciona a más desigualdades. Esta articulación depende de la participación subjetiva y organizativa de los sujetos en la gestión de los procesos que les incumben. Esto, como hemos visto arriba, no pueden delimitarse ni a la esfera productiva ni al territorio urbano.

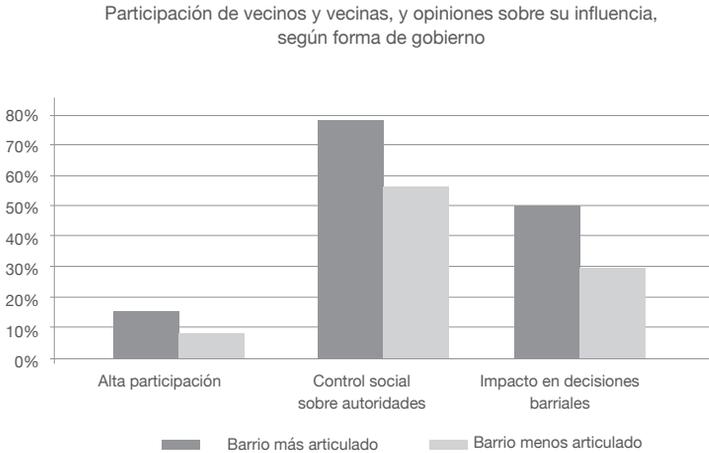
Vemos estas dinámicas de manera más aterrizada en un estudio de métodos mixtos sobre las formas de participación política y las desigualdades sociales en barrios periurbanos de la ciudad de Cochabamba, Bolivia (Cielo y Céspedes, 2008). A partir de una etnografía de barrios marginales de la ciudad, se identificaron lógicas subjetivas y organizativas muy distintas de organizarse en colectivo. A pesar de encontrarse dos de los barrios en la misma zona periférica de la ciudad, y de com-

partir muchos de los mismos problemas de escaso acceso a servicios públicos y de precariedad laboral, encuestas representativas mostraron niveles de participación muy distintos según la relación que tenía la dirigencia y sus decisiones barriales con los vecinos.

En el primer barrio, las decisiones que se tomaban por el colectivo se decidían en pequeños grupos de manzanas, en reuniones íntimas en las que las preocupaciones y actividades del sustento familiar se volvían asuntos para tratar colectivamente. Llamamos la forma de gobierno de este primer barrio *más articulada*, puesto que la forma política responde de manera significativa a la organización colectiva para la satisfacción de las necesidades de los habitantes. En el segundo barrio, en cambio, los dirigentes se elegían por ser profesionales, y tomaban sus decisiones para los asuntos barriales en reuniones en las que participaban pocos vecinos. Este segundo barrio era más eficiente y más efectivo, en términos de fomentar el desarrollo productivo y lograr respuestas municipales a sus demandas barriales. Sin embargo, como veremos, también tenía una forma organizativa que respondía menos a las preocupaciones cotidianas de los vecinos. Llamamos la forma de gobierno de este segundo barrio *menos articulada*, puesto que la forma política de gestión responde menos a la organización colectiva para la satisfacción de las necesidades de los habitantes

La diferencia en la participación en los dos barrios se ve en el gráfico 7, que muestra los resultados de encuestas sobre participación y condiciones en los barrios³. Casi el doble de los vecinos del barrio más articulado respondió que tenía un alto nivel de participación en los asuntos y las actividades colectivas que en el barrio menos articulado. También fue significativa la diferencia entre los vecinos en cada barrio que pensaban que se podía ejercer un control social sobre sus dirigentes y que pensaban que sus opiniones tenían un impacto importante en las decisiones barriales. En cada caso, los vecinos del barrio con la forma de gobierno más articulada es decir, con más coherencia entre la organización política y la reproductiva más participaban y más opinaban que su participación tenía un impacto significativo.

3 Para más información metodológica, datos y hallazgos del estudio, ver Cielo, 2010.

Gráfico 7.**Cuanto más articulada la forma de gobierno, mayor y mejor participación**

Elaboración: la autora.

Fuente: Datos en Cielo 2010.

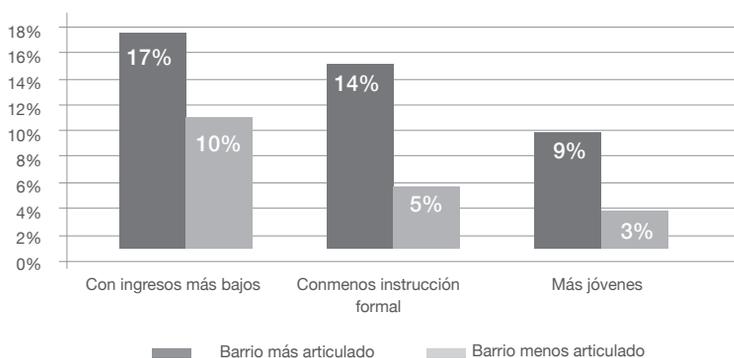
No solamente había más participación en el barrio que mejor respondía a sus habitantes, sino que, además, esa participación era más equitativa. En el siguiente gráfico 8, vemos que los vecinos más vulnerables del barrio aquellos con menos ingresos, menos educación formal y más jóvenes tenían niveles de participación más altos que en el barrio cuya dirigencia se distanciaba más de la vida cotidiana de los vecinos. En el primer barrio, con más articulación de su organización política y reproductiva, 17% de los vecinos con ingresos más bajos tenían un alto nivel de participación en las actividades colectivas, comparado con solo 10% de los vecinos con ingresos bajos en el barrio con menos articulación entre la organización política y la reproductiva. Entre los vecinos vulnerables por educación y por edad, alrededor de tres veces más de ellos participaban altamente en el barrio más articulado que en el barrio menos articulado. En el barrio más articulado, 14% de los vecinos con menos instrucción y 9% de los vecinos con menos de 30 años de edad tenían una alta participación. En el barrio menos articulado, solo 5% de

los vecinos con menos instrucción formal y 3% de los vecinos jóvenes participaban de manera significativa.

Gráfico 8.

Cuanto más articulada la forma de gobierno, más equitativa la participación

Vecinos vulnerables con altos niveles de participación,
según forma de gobierno



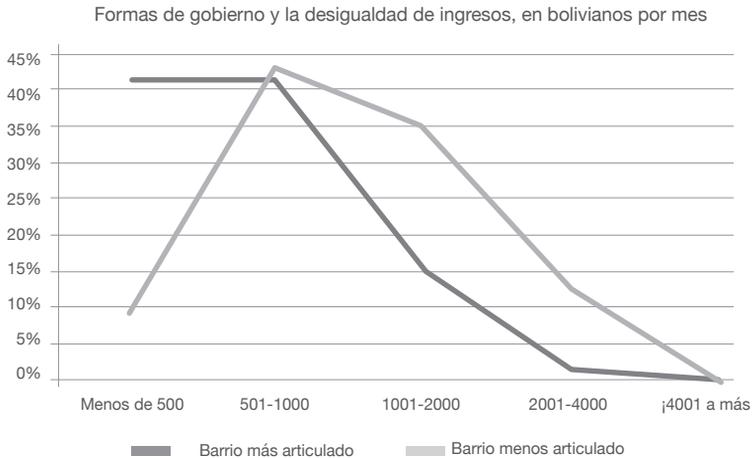
Elaboración: la autora.

Fuente: Datos en Cielo 2010.

El efecto de la forma de gobierno sobre las desigualdades también se puede ver en la diferencia en la distribución de ingresos en los dos barrios. Estos datos reproducen a nivel micro los estudios arriba citados, que encontraron que, a más participación y más democracia, más equidad económica. En el estudio en Cochabamba, el barrio con más participación, cuya forma de gobernanza y las prácticas cotidianas de reproducción más se articulaban, menos amplio era el rango de ingresos económicos de sus habitantes (ver gráfico 9). En ese período, la gran mayoría (83%) de ellos ganaba menos de 1 000 bolivianos por mes; solo 16% de los habitantes ganaba entre 1 000 y 2 000 bolivianos. En el barrio con menos participación y con menos coherencia entre la gobernanza administrativa y la vivencia cotidiana del colectivo, los ingresos eran más dispersos y desiguales. Casi el mismo número (42%) de

los habitantes en cada barrio ganaba entre 500 y 1 000 bolivianos por mes. En el barrio menos articulado, sin embargo, los demás habitantes se encontraban en tres distintos niveles de ingresos: 9% ganaba menos de 500 bolivianos por mes; 35% ganaba entre 1 000 y 2 000 bolivianos por mes, y 13% ganaba entre 2 000 y 4 000 bolivianos cada mes.

Gráfico 9.
Cuanto más articulada la forma de gobierno,
menos dispersos y desiguales los ingresos



Elaboración: la autora.

Fuente: Datos en Cielo 2010.

Se observó en este estudio que el incremento de ingresos y de desarrollo económico del que gozaba el barrio menos articulado no significó mayor equidad. Más bien, lo que hemos argumentado a lo largo de este capítulo es que las desigualdades sociales, territorialmente materializadas en las brechas rural-urbanas, son producto del poco reconocimiento de las dinámicas integrales y extendidas de la sostenibilidad de la vida. Esta falta de reconocimiento de los procesos metabólicos e interdependientes necesarios para sostener a la vida humana y natural se refleja en la relación poco coherente entre las autoridades y el grupo

social. En el caso nacional, la relación más o menos articulada era entre el Estado y la sociedad civil. En el caso de la gestión territorial provincial que nos interesa en este libro, la relación más o menos articulada será entre los gobiernos provinciales y los territorios rural-urbanos. Cuanta menos participación de los habitantes diversos en cada nivel socioespacial, más desigualdad entre sus miembros.

Conclusiones

En este capítulo hemos explorado la imposibilidad de concebir la vida urbana o rural y el desarrollo económico sin los vínculos territoriales y sociales que la mantienen y que la reproducen. Si bien ha caído la pobreza en Ecuador en los últimos 15 años, la brecha rural-urbana sigue siendo sustancial. La explicación que hemos dado para esta brecha tiene dos puntos principales. Primero, argumentamos que las persistentes desigualdades rurales-urbanas se deben al poco reconocimiento de la interdependencia metabólica entre la ciudad y los procesos productivos, por un lado, y el campo, la naturaleza y las actividades reproductivas, por otro. Ese poco reconocimiento de la interdependencia necesaria para sostener la vida colectiva se traduce en formas de gobernanza y de organización política que no responden a la organización social para la satisfacción de las necesidades cotidianas. Nuestro segundo punto principal fue demostrar que la poca articulación entre formas organizativas políticas y reproductivas lleva a mayores desigualdades.

Si queremos mejorar la gobernanza de los territorios integrales rurales-urbanos, no es suficiente el hecho de que se formulen e implementen nuevas y mejores políticas públicas. Es necesario, como hemos visto en este capítulo, reconocer las dinámicas cotidianas e interdependientes necesarias para la productividad y el desarrollo e incorporar como elemento esencial la participación activa de los habitantes en la construcción de políticas que les afectan. Asimismo, las formas de gobierno que articulan la administración política de un territorio y las dinámicas sociales para la reproducción vital se podrán relacionar orgánicamente. Es así que podremos empezar a caminar hacia un horizonte

más sostenible y equitativo, en el que las categorías de ruralidad y urbanidad sirvan para reconocer y fortalecer su mutua dependencia.

Referencias Bibliográficas

- Antequera, Nelson (2011). Itinerarios urbanos. Continuidades y rupturas urbano rurales. En Antequera y Cielo (Coords.), *Ciudad sin fronteras. Multilocalidad urbano-rural en Bolivia* (pp. 23-40). La Paz: PIEB, Cides-UMSA.
- Balcázar, Carlos Felipe (2016). Long-run effects of democracy on income inequality in Latin America. *Journal of Economic Inequalities*, 14, 289-307.
- Bellamy Foster, John (2014). Marx y la fractura en el metabolismo universal de la naturaleza. En *Herramienta web* 15. <http://www.herramienta.com.ar/herramienta-web-15/marx-y-la-fractura-en-el-metabolismo-universal-de-la-naturaleza>.
- Brenner, Neil (Ed.) (2013). *Implosions/explosions. Towards a study of planetary urbanization*. Berlin: Jovis.
- Cameron, Jenny, y Gibson-Graham, Julie-Katherine (2003). Feminising the economy: metaphors, strategies, politics. *Gender, Place and Culture: A Journal of Feminist Geography* 10(2), 145-157.
- Carrasco, Cristina, Domínguez, Mario y Mayordomo, Maribel (2001). Hacia una metodología para el estudio del trabajo: propuesta para una EPA alternativa. En Cristina Carrasco (Coord.), *Tiempos, trabajos y género* (pp. 111-128). Barcelona: Edicions Universitat.
- Cielo, Cristina (2010). *The City Effect: Urban Institutions, Peripheries and Political Participations in Bolivia*. Tesis doctoral, University of California, Berkeley.
- Cielo, Cristina, y Antequera, Nelson (2012). Ciudad sin frontera: la multilocalidad urbano-rural en Bolivia. *Eutopía*, 3, 11-29.
- Cielo, Cristina, y Céspedes, Redner (2008). *Participaciones periurbanas: Del control social a los movimientos sociales*. Cochabamba: Plural Editores.
- Council on Hemispheric Affairs (COHA) (2011). "Inequality and Poverty in Latin America: Can the Decline Continue?" Recuperado de <http://www.coha.org/inequality-and-poverty-in-latin-america-can-the-decline-continue/>
- Department of Economic and Social Affairs (DESA-UN) (2006). *World Urbanization Prospects: The 2005 Revision*. Nueva York: United Nations.

- Galcerán Huguet, Montserrat (2006). Producción y reproducción en Marx. En *Laboratorio Feminista. Transformaciones del trabajo desde una perspectiva feminista: producción, reproducción, deseo y consumo* (pp. 13-26). Madrid: Ediciones Tierra de Nadie.
- Gómez Arteaga, Natalie (2015). *La tiranía de los promedios 2.0: el desbalance rural-urbano en la transformación de América Latina*. PNUD Nicaragua. <http://www.ni.undp.org/content/nicaragua/es/home/presscenter/articles/2015/11/11/la-tiran-a-de-los-promedios-2-0-el-desbalance-rural-urbano-en-la-transformaci-n-de-am-rica-latina.html>.
- Harvey, David (1990). *La condición de la posmodernidad*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Huber, Evelyne, Nielsen, François, Pribble, Jenny y Stephens, John (2006). Politics and Inequality in Latin America and the Caribbean. *American Sociological Review*, 71, 943-963.
- Jorgensen, Kaylen (2011). El archipiélago vertical andino. El control vertical de pisos ecológicos y dinámicas contemporáneas de migración. En N. Antequera y C. Cielo (Coords.), *Ciudad sin fronteras*. Multilocalidad urbano-rural en Bolivia (pp.71-92). La Paz: PIEB, Cides-UMSA.
- Lazzarato, Maurizio, y Negri, Antonio (2001 [1991]). Trabajo Inmaterial. *Formas de vida y producción de subjetividad*. Río de Janeiro: DP&A Editora.
- Mueller, Dennis, y Stratmann, Thomas (2003). The economic effects of democratic participation. *Journal of Public Economics*, 87, 2129-2155.
- Murra, John (1972). Andean Societies. *Annual Review of Anthropology*, 13, 119-141.
- Myers, Joe (2015). Five maps on the state of global inequality. *World Economic Forum*. 25 November 2015. <https://www.weforum.org/agenda/2015/11/5-maps-on-the-state-of-global-inequality/>
- Narotzky, Susana (1995). La renta del afecto: ideología y reproducción social en el cuidado de los viejos. En Prat, Contreras, Martínez y Moreno (Eds.), *Antropología de los pueblos en España* (pp. 464-473). Madrid: Taurus.
- Organización Internacional del Trabajo (OIT) (2015). *Trabajar en el campo en el siglo XXI. Realidad y perspectivas del empleo rural en América Latina y el Caribe*. Lima: OIT/ Oficina Regional para América Latina y el Caribe.
- Ponce, Juan, y Vos, Rob (2014). Redistribution without Structural Change in Ecuador: Rising and Falling Income Inequality in the 1990s and 2000. En *Falling Inequality in Latin America. Policy Changes and Lesson*. Oxford: APA.

- Population Reference Bureau (2015). *La brecha entre el medio urbano y rural en materia de salud y desarrollo*. Washington DC: PRB-IDEA-Usaid.
- Sirowy, Larry e Inkeles, Alex (1990). The Effects of Democracy on Economic Growth and Inequality: A Review. *Studies in Comparative International Development*, 25(1), 126-157.
- Tapia, Luis (2002). *La producción del conocimiento local: historia y política en la obra de René Zavaleta*. La Paz: Cides-UMSA, Posgrado en Ciencias del Desarrollo y Muela del Diablo Editores.
- _____ (2013). Lo nacional-popular y la forma primordial: desarrollos a partir de Gramsci. *Estudios Latinoamericanos*, 32, 85-99.
- Timmons, Jeffrey (2010). Does Democracy Reduce Economic Inequality?. *British Journal of Political Science*, 40: 741-757.
- Vega, Cristina, y Gutiérrez Rodríguez, Encarnación (2014). Nuevas aproximaciones a la organización social del cuidado. *Iconos*, 50, 9-26.
- Zavaleta, René (1986). *Lo nacional-popular en Bolivia*. México: Siglo XXI Editores.